

Marx y los movimientos sociales

Al cumplirse los cien años desde la muerte de Marx parece posible un ensayo de aproximación objetiva, sin caer ni en la apología fácil, ni en el anatema indiscriminado. Tal es nuestro propósito: evaluar la posible incidencia que el pensamiento de Marx haya podido tener en los movimientos sociales o cambios sociales posteriores.

Entendemos aquí por *movimientos sociales* todas aquellas formas de acción social en las que intervienen colectividades numerosas y que aparecen como reacciones frente a un sistema social institucionalizado, buscando el cambio radical del mismo. En esta definición entran desde los movimientos obreros, pasando por los movimientos nacionalistas y estudiantiles, hasta los movimientos religioso-morales de liberación.

El pensamiento sociopolítico de Marx está en estrecha dependencia de su método de análisis social. Por consiguiente, trataremos primero del método de análisis (I), situando la aportación metodológica marxista en relación con sus orígenes (A) y en relación con su evolución y transformaciones posteriores (B). Expuesto el método de análisis, será más fácil comprender, en segundo lugar, el pensamiento sociopolítico marxiano y su incidencia en los movimientos sociales posteriores (II).

El tema en sí es tan amplio y la bibliografía tan abundante que, tras largas lecturas, al final, lo más que se puede hacer, es dar una síntesis de todo el material. Esto es, poco más o menos, lo que podemos ofrecer a nuestros lectores en torno al tema de la incidencia de Marx sobre los movimientos sociales.

I. EL NUEVO METODO DE ANALISIS SOCIAL

Entre los descubrimientos más importantes de Marx, según Engels, su amigo y colaborador, está «la revolución que ha llevado a cabo en la concepción de la historia universal»¹. Esta revolución se produce por la aplicación de un nuevo método de análisis social. Para la elaboración del mismo Marx utilizó, desde luego, materiales que otros, antes que él, habían preparado.

A. LOS ORIGENES DEL METODO

Uno de los puntos clave de la concepción marxiana de la historia, el *materialismo histórico*, es la importancia atribuida al factor económico en la explicación de los cambios sociales. Ahora bien, antes que él, los economistas ingleses, que Marx estudió cuidadosamente², ya se habían fijado en este factor. Por otra parte, Marx, que muere en Londres en 1883, vivió también en Francia y Bélgica, hecho que le permitió establecer un contacto directo con la tradición socialista francesa. No conviene olvidar, finalmente, que Hegel murió en 1831, por lo cual la juventud de Marx, nacido en Tréveris en 1808, transcurrió bajo el influjo de la fiebre hegeliana.

1. *Los economistas ingleses y el socialismo francés*

El método marxiano tiene, pues, una primera deuda con los economistas ingleses y con los socialistas utópicos franceses. Los economistas ingleses, en efecto, habían descubierto al *homo economicus*, esto es, la importancia del hombre en cuanto trabajador. «Adam Smith puso en evidencia una dimensión hasta entonces secundaria o relegada de la realidad del hombre: el hecho de que éste es, fundamentalmente, un trabajador y que en tanto que trabajador... ingresa de manera decisiva en la re-

1. Carlos MARX. EN MARX-ENGELS: *Obras escogidas*, vol. III, Moscú, Editorial Progreso, 1981. En adelante vamos a citar esta edición, vol. II y III, y el vol. I, editado en 1971, bajo la sigla OE.

2. Así lo reconoce él expresamente. Cfr. *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía política*, OE, vol. I, p. 342-343.

lación social»³. De David Ricardo tomó «la fundamentación económica de las contraposiciones de clase»⁴.

A este descubrimiento del hombre como trabajador, hecho por los economistas ingleses, va a aportar lo siguiente: la situación del *homo economicus* dentro del sistema capitalista, situación de alienación, no es inmutable y eterna, sino que puede cambiar hacia una situación de trabajo no alienado⁵.

En 1843 Marx, sin trabajo y recién casado, llega a París. «Es en la ciudad del Sena, en un clima de actividad política y de discusiones entre las doctrinas y los partidarios de Saint-Simon, de Fourier, de Augusto Blanqui, de Cabet... donde Marx se convierte en comunista»⁶. El error de estos *socialistas utópicos*, debido precisamente a lo inadecuado de su método de análisis social, consistía en que pretendían «sacar de la cabeza la solución de los problemas sociales, latente todavía en las condiciones económicas poco desarrolladas de la época. La sociedad no encerraba más que males, que la razón pensante era la llamada a remediar. Tratábase por eso de descubrir un sistema nuevo y más perfecto de orden social, para implantarlo en la sociedad desde fuera, por medio de la propaganda, y a ser posible con el ejemplo, mediante experimentos que sirviesen de modelo. Estos nuevos sistemas sociales nacían condenados a moverse en el reino de la utopía; cuanto más detallados y minuciosos fueran, más tenían que degenerar en puras fantasías»⁷.

Frente a esta tradición socialista Marx-Engels marcan sus propias diferencias, consistentes precisamente en un método nuevo y más científico de análisis social. Abandonan la utopía por la ciencia, *socialismo científico*. Aunque existen diferencias entre estas dos tradiciones socialistas, no obstante también hay

3. François CHATELET: *Historia de las ideologías*, vol. II, Madrid, Zyx, 1978, p. 154-155.

4. Karl KORSCH: *Karl Marx*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 256.

5. Cfr. A. DEL NOCE-J. A. RIESTRA: *Karl Marx: Escritos juveniles*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1975, p. 69.

6. Henri LEFEBVRE: *Marx*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1974, p. 12-13.

7. F. ENGELS: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, OE, vol. III, p. 126.

coincidencias o dependencias. Saint-Simon, por ejemplo, se adelanta a Marx al señalar que el progreso del hombre y de la sociedad no se realiza al azar, sino de acuerdo con una ley bien precisa, a saber: las instituciones sociales cambian cuando, previamente, se produce un cambio en los conocimientos humanos (*lumières*)⁸, en lo que él llamaba la civilización⁹, que incluye tanto el progreso de los conocimientos humanos como el de las técnicas de transformación de la naturaleza.

2. La deuda con la filosofía alemana

La interpretación corriente del influjo de Hegel sobre Marx es que habría recibido de aquél el *método dialéctico*, rechazando su *sistema*, el idealismo. «La interpretación, reducida a lo esencial, es la siguiente: la dialéctica es en Hegel dialéctica de los conceptos, tras la «vuelta al revés» materialista, realizada por Marx y Engels, la dialéctica hegeliana pasa a ser en cambio dialéctica de la materia y de las cosas. Marx, que ha heredado la «dialéctica» de Hegel, ha rechazado en cambio su «sistema», esto es, el idealismo»¹⁰.

Sería una interpretación basada en un texto de Marx, en el Posfacio a la 2.^a edición alemana del *Capital*: «Mi método dialéctico —escribía— no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por todo, la antítesis de él. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real, y esto la simple forma externa en que toma cuerpo. Para mí, lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre»¹¹.

Sin embargo, la «puesta al revés» o lectura materialista de Hegel la hizo Feuerbach antes que Marx. Aquél ponía como sujeto lo que en Hegel era predicado, y a la inversa: «para Feuer-

8. Cfr. *Oeuvres*, vol. III, p. 139; vol. IV, p. 33; etc.

9. *Ibid.*, vol. IX, p. 95.

10. Lucio COLLETTI: *Ideología y sociedad*, Barcelona, Editorial Fontanella 1975, p. 176.

11. *El Capital*, México, F. C. E., 4.^a edic., 1966, p. XXIII.

bach la Idea sería un reflejo del mundo y no al contrario: en donde Hegel dice «espíritu» Feuerbach pondrá «materia»; en donde Hegel dice «absoluto» Feuerbach dice «hombre»¹². A diferencia en cambio de Feuerbach, que minusvaloraba la dialéctica, Marx no la minusvalora, sino que la aplica a la realidad. «Así la «contradicción» entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas existe «objetivamente» a la vez en forma de ideas «que se contradicen», ideas de unas clases antagonistas, condicionadas por la estructura económica de la sociedad, y en la lucha de clases. Como pensamiento de un sujeto real, la «teoría» adquiere una nueva cualidad, se vuelve «práctica». La contradicción entre «realidad» y «concepto», que la dialéctica idealista sólo constata, puede ahora, a través de la «actividad» práctica del sujeto pensante..., ser descubierta también en la realidad»¹³.

Aplicada la dialéctica no sólo a la cabeza, al pensamiento, sino también a la realidad, el resultado es la unidad sujeto-objeto. «La dialéctica marxista culmina con la «unidad sujeto y objeto», pero en sentido diferente a la de Hegel. Devuelve al hombre su verdadera función de sujeto histórico consciente, aboliendo la situación en la que los resultados de su iniciativa libre y consciente se vuelven contra él»¹⁴.

Hegel habría logrado la unificación de la historia, pero deteniéndola. Su filosofía sólo sería válida para interpretar el pasado, pero no el futuro. La transición de la filosofía del pasado a la del futuro, de la interpretación a la acción es la labor de la Izquierda hegeliana»¹⁵. En esta labor coincidieron Marx y Feuerbach. Este enseña a Marx la necesidad de hacer una lectura materialista de la historia, pero éste, dando un paso más allá, llega a la crítica de la tierra, sin quedar en la crítica del

12. A. FERNANDEZ BENAYAS: *Karl Marx*, Madrid, Zyx, 1973, p. 27.

13. Erich GERLACH: *La evolución del marxismo desde la filosofía revolucionaria hasta la teoría científica de la acción proletaria en Karl Korsch*, En Karl KORSCH: *Marxismo y filosofía*, Barcelona, Ariel, 1978, p. 13.

14. Leszek KOLAKOWSKI: *Las principales corrientes del marxismo*, vol. I, Madrid, Alianza Editorial, 1980, p. 321.

15. *Ibid.*, p. 114.

cielo: previa y más fundamental, causa de todas las demás, es, según Marx, la alienación económica.

3. *El materialismo histórico*

Con estos mimbres del materialismo y de la dialéctica, elaborados por otros, Marx va a tejer su propio método de análisis de la historia y de la sociedad. El idealismo en su interpretación de la evolución de la historia y de la sociedad se olvidó de partir del hombre concreto, que se autorrealiza mediante el contacto y transformación continua de la naturaleza. De la aplicación conjunta en cambio del materialismo y de la dialéctica a la historia y a la sociedad se desprende el siguiente hecho básico: el hombre busca satisfacer sus necesidades en contacto con la naturaleza; para lograrlo se dota de unos instrumentos que, al ir perfeccionándose, provocan nuevas necesidades, transforman la vida del hombre y le transforman a él mismo. Estos cambios en las *fuerzas productivas* determinan y producen, a su vez, cambios paralelos en las *relaciones sociales de producción*.

Estos dos elementos, *fuerzas productivas* y *relaciones sociales de producción*, constituyen la base o *estructura de la sociedad*. A partir de ella se constituye la *superestructura*, es decir, se explican el resto de los fenómenos sociales, a saber: la religión, la moral, las ideas, la política, etc. «Sobre las diversas formas de propiedad —escribía Marx— y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones diversos y plasmados de un modo particular. La clase entera los crea y los forma derivándolos de las bases materiales»¹⁶. El error principal del idealismo habría estado en confundir la superficie de una determinada sociedad —la ideología de la clase dominante— con lo que los hombres son.

Las relaciones entre *estructura* y *superestructura* se rigen por la siguiente ley general: «El modo de producción de la

16. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. OE, vol. I, p. 254.

vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina la conciencia»¹⁷. Toda la evolución de la historia y de la sociedad se rige por este principio, se interpreta en clave materialista, *materialismo histórico*.

B. DERIVACIONES POSTERIORES DEL METODO MARXIANO

La preocupación fundamental de Marx fue realizar una lectura materialista de la historia y de la sociedad. A partir de Engels, para contestar al interés creciente despertado por las ciencias naturales, se extendió el método de análisis a la naturaleza, *materialismo dialéctico*. Marx, por otra parte, formuló la ley general de las relaciones entre la estructura económica y la superestructura política e ideológica, pero entre sus discípulos se hizo una doble lectura de la misma, una determinista o economicista, otra voluntarista, según se concediera mayor o menor margen a la intervención de la voluntad humana en los procesos de cambio. El método marxiano ha tenido versiones diferentes también en un tercer punto, el de la unidad entre sujeto y objeto o el de las relaciones entre teoría y praxis.

1. *El materialismo dialéctico*

La tradición materialista se remonta a la filosofía griega, aunque tiene su punto culminante en el materialismo mecanicista del siglo XVIII. Este materialismo clásico adolecía, para Marx y Engels, de un defecto fundamental, el de ser un materialismo metafísico-mecanicista, cuando el materialismo sólo puede ser realmente científico si es dialéctico. Esta concepción materialista y dialéctica, aplicada por Marx a la evolución de la historia y de la sociedad, la extiende Engels, que sobrevive a Marx hasta 1895, a los procesos del pensamiento y de la naturaleza. La dialéctica se convierte así en una ciencia universal, «la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto el del

17. *Prólogo a la Contribución de la Crítica de la Economía Política*. OE, Vol. I, p. 343.

mundo exterior como el del pensamiento humano»¹⁸. Se hace de ella un instrumento para explicar no sólo la evolución de la historia y de la sociedad, sino también «el método para explicar los procesos de desarrollo en la naturaleza»¹⁹ y en el pensamiento.

Plejanov denominará a esta ampliación de la dialéctica marxiana *materialismo dialéctico*. El marxismo se convierte de esta manera en una *cosmovisión*, en una filosofía o explicación global de la realidad. Sin embargo *materialismo histórico* y *materialismo dialéctico* no dejan de ser dos realidades inseparables, pues, mientras el último consiste en la aplicación de las leyes del pensamiento dialéctico al conjunto de la realidad, el primero reduce esa aplicación a un campo concreto de la realidad: el de la historia e investigación social.

Esta extensión del método implica, finalmente, un peligro, el de caer en una interpretación determinista de las relaciones estructura-superestructura, el de aplicar el determinismo propio de las leyes de la naturaleza a la evolución de la historia y de la sociedad.

2. *Relaciones entre estructura y superestructura*

La ley general ya formulada de las relaciones entre estructura y superestructura recibirá una interpretación determinista o voluntarista según se tenga en cuenta uno u otro de los dos principios siguientes. Primero, las ideas, la política, el derecho, la religión, etc., no tienen vida independiente de las condiciones materiales; segundo, a pesar de ello Marx considera a la conciencia como algo más que una esponja que recibe pasivamente los mensajes de la realidad. La conciencia puede analizar también estos mensajes de manera diferente. «Nada relevante históricamente en el obrar humano se realiza sin la participación de la conciencia, de metas conscientes, de un ideal entusiasta»²⁰.

18. F. ENGELS: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía alemana*. OE, vol. III, p. 381.

19. IDEM: *Viejo prólogo para el Anti-Dühring*. OE, vol. III, p. 60.

20. Iring FETSCHER: *El marxismo. Su historia en documentos*. Filosofía. Ideología. Madrid, Zyx, 1973, p. 83.

Los *deterministas* retienen el primero y olvidan el segundo. Para Plejanov todos los cambios son siempre y necesariamente efecto de las contradicciones existentes, no en el terreno de los conceptos, como pensaba Hegel, sino en la realidad. «Según nuestra doctrina materialista —escribía— las contradicciones contenidas en los conceptos son reflejo o transferencia al lenguaje del pensar de los contrastes existentes en las apariencias a causa de su fundamento general contradictorio, es decir, de su movimiento... Según nosotros, el camino de las cosas determina al de las ideas, el camino de la vida determina el del pensamiento»²¹. Bujarin llega a hablar de una «ley causal objetiva de los fenómenos»²².

Kautsky defendió un determinismo economicista basándose no en la dialéctica, sino en la ciencia, concretamente en Darwin. Para este autor los fenómenos sociales obedecen, asimismo, a una ley estrictamente causal y «objetiva» y el mundo de los hombres es una mera extensión de la naturaleza orgánica. Por eso, para él, decir *socialismo científico*, equivalía a decir que «el socialismo era una teoría que podía ser sólo el resultado de la observación científica y no de la evolución espontánea del proletariado. La teoría socialista tenía que ser necesariamente creación académica, y no de la clase trabajadora, y debía ser introducida desde fuera en el movimiento obrero como arma de lucha por su liberación»²³.

En Lenin la concepción materialista habría sufrido una regresión en un doble punto. Primero, vuelta a las posiciones del materialismo mecanicista burgués²⁴. Para él, en efecto, materialismo equivalía a realismo vulgar, por cuanto de la materia lo único que le importaba era su propiedad de ser realidad objetiva, algo que existe fuera de la conciencia. «La materia —escribía en su obra *Materialismo y empiriocriticismo*— es una categoría filosófica que sirve para designar la rea-

21. Cit. por Iring FETSCHER, o. c., p. 212.

22. Cit. por Predrag VRANICKI: *Historia del marxismo*, vol. II, Salamanca, Sígueme, 1977, p. 76.

23. Leszek KOLAKOWSKI, o. c., vol. II, p. 48.

24. Cfr. Anton PANNEKOEK: *Lenin filósofo*, Madrid, Zyx, 1976, p. 117 ss.

lidad objetiva, que es dada al hombre en sus sensaciones, que es copiada, fotografiada, reflejada por nuestras sensaciones, existiendo independientemente de ellas»²⁵. Segundo, a través de su «teoría del reflejo», convierte a la conciencia no en un laboratorio capaz de elaborar los datos provenientes de la realidad, sino en una simple copia o fotografía de la misma. Esta doctrina ayudará a comprender las razones por las que Lenin, según veremos, va a conceder mayor importancia a las vanguardias que al conjunto del proletariado.

Un segundo grupo de marxistas va a ser menos determinista en la forma de entender las relaciones entre estructura y superestructura, ya que van a conceder cierto margen de autonomía a la superestructura, a hablar de una interrelación entre ambas. Max Adler, entre los austromarxistas, inspirándose en Kant, proponía el moralismo, un socialismo ético, frente al determinismo histórico. Este autor se va a distinguir, en su interpretación del materialismo histórico, «por el intento de poner en cuestión toda la distinción tradicional entre los factores «materiales» y «espirituales» del proceso histórico»²⁶.

Entre los marxistas italianos, Antonio Labriola, antes incluso que Gramsci, con la certeza de estar en la tradición iniciada por Engels, «creía en la interrelación de todos los ámbitos de la actividad humana, y en la fuerza independiente de la tradición cristalizada de las instituciones e ideologías»²⁷. Antonio Gramsci, por su parte, no sólo mantiene la interacción entre los elementos estructurales y superestructurales, sino que da incluso primacía a la superestructura sobre la estructura. «Desde el punto de vista naturalista la relación entre estructura y superestructura es interpretada como relación entre causa y efecto, llevando al fatalismo histórico; en cambio, desde la perspectiva del sujeto activo de la historia, de la voluntad colectiva, se transforma en relación medio-fin. El sujeto histórico opera en la fase superestructural el reconocimiento y la conse-

25. Cit. por Anton PANNEKOEK, o. c., p. 117.

26. Leszek KOLAKOWSKI, o. c., vol. II, p. 271.

27. Ibid., p. 141.

cución del fin, sirviéndose de la estructura, la cual se convierte, de momento subordinante de la historia, en momento subordinado. El paso de un significado a otro en la antítesis estructura-superestructura puede resumirse esquemáticamente en los puntos siguientes: el momento *ético-político*, en cuanto momento de la *libertad* entendida como consciencia de la *necesidad* (es decir, de las condiciones materiales) domina el momento *económico*, a través del reconocimiento de la *objetividad* por parte del *sujeto activo* de la historia; dicho reconocimiento permite transformar las *condiciones materiales* en *instrumento* de acción y, por tanto, alcanzar el *fin propuesto*»²⁸

3. *Teoría y praxis*

El determinismo, el fatalismo económico, provocan de nuevo la ruptura entre teoría y praxis, la dualidad entre sujeto y objeto, que Marx había superado. La teoría se viene a convertir en algo elaborado y, posteriormente, insuflado desde fuera en la praxis revolucionaria, y no en algo que va implicado y estrechamente unido a la propia praxis, a la praxis revolucionaria del sujeto pensante.

Por ello, algunos epígonos de Marx, entendiendo los peligros de esta vuelta al dualismo, salen en defensa de la unidad entre teoría y praxis, entre sujeto y objeto. Rosa Luxemburgo, polemizando con Lenin, sostenía que la teoría marxista «no es solamente una ciencia que permita el conocimiento objetivo de las leyes de un proceso histórico orientado por la economía, sino una crítica de lo real, elaborada desde el punto de vista de clase, con vistas a despertar a las masas a la conciencia de su tarea histórica y de abrir el camino a la práctica revolucionaria»²⁹.

Mao Tse-tung, inspirándose en Marx y en la propia tradición china, en la que existe la certeza mística de que el pueblo, en

28. Norberto BOBBIO: *Gramsci y la concepción de la sociedad civil*. En *Actualidad del Pensamiento político de Gramsci*. Barcelona, Grijalbo, 1977. p. 163.

29. Pierre SOUYRI: *El Marxismo después de Marx*. Barcelona, Península, 1971, p. 26.

lo más profundo, es ya uno, insistía en que el momento final de la teoría debe ser siempre la praxis, en que la unidad entre la teoría y la praxis se va haciendo real y consciente a través de la actuación revolucionaria, en el caso chino de la acción revolucionaria del campesinado. «La filosofía marxista —escribía Mao— considera que lo esencial no es que, una vez comprendidas las leyes del mundo objetivo, se pueda explicarlas, sino que se utilice el conocimiento de las leyes objetivas para transformar activamente el mundo»³⁰.

Para Lukács, en su obra aparecida en 1923, *Historia y conciencia de clase*, el dualismo entre teoría y praxis, en el que inciden tanto los economicistas como el socialismo ético, se debe a un error de planteamiento. Este error consiste en un planteamiento metodológico individualista, que sólo puede proporcionar una visión parcial de la realidad. Al enfrentarse a la realidad hay que utilizar la categoría de *totalidad*, es decir, tener presente que el sujeto que se abre a la realidad, que el sujeto pensante, no es la conciencia individual, sino la conciencia de clase, que es algo esencialmente diferente de las ideas factualmente empíricas de cada uno. «En la sociedad moderna —escribe en la obra citada— son exclusivamente las *clases* las que representan como sujetos ese punto de vista de la totalidad»³¹.

En Marx, estima Lukács, se supera la escisión entre teoría y praxis, entre sujeto y objeto porque, «según Marx: 1) la clase trabajadora comprende los fenómenos sociales sólo en el mismo acto de transformación revolucionaria del mundo; 2) en general, el conocimiento de la sociedad es el autoconocimiento de una sociedad; y 3) por tanto, la comprensión del mundo y su transformación no contrastan mutuamente..., sino que son uno y el mismo acto, mientras que la distinción entre comprensión y evaluación es una abstracción secundaria que distorsiona la unidad original»³².

30. *Cuatro tesis filosóficas*, Barcelona, Anagrama, 1974, p. 20.

31. Cit. por Predrag VRANICKI, o. c., vol. II, p. 17.

32. Leszek KOLAKOWSKI, o. c., vol. II, p. 253.

A la posición de Lukács se aproximaba Karl Korsch, en la obra *Marxismo y filosofía*, publicada el mismo año 1923. Korsch subrayaba «cómo la conciencia, la ideología, la filosofía son momentos constitutivos de la praxis humana»³³.

II. PENSAMIENTO POLITICO DE MARX Y MOVIMIENTOS SOCIALES

La naturaleza del método marxiano de análisis social influye en la configuración de su pensamiento político por un doble motivo. Primero, porque lleva a una concepción dinámica de la sociedad, la cual, lejos de ser considerada como una realidad inmutable, se ve sometida a cambios permanentes y a una evolución continua. Segundo, porque el mismo método señala las leyes que rigen esos cambios o movimientos sociales.

Del método marxiano es obligado, por tanto, pasar a dar una síntesis similar de su pensamiento político, a fin de determinar el puesto que en él tienen los movimientos sociales. Tendremos que referirnos tanto a la meta hacia la que se orientan los movimientos sociales (A), como a los medios a poner en práctica para alcanzarla (B), especificando los métodos adecuados de lucha, los pasos a dar antes de llegar a la meta final, y el sujeto encargado de llevar adelante esa lucha.

A. LA META DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Marx no es el primero en afirmar el carácter evolutivo de la sociedad. Su originalidad está, más bien, en que dio una nueva dirección a la evolución de la sociedad en relación con la tradición política anterior: para el pensamiento político moderno el Estado era el momento positivo o etapa final de la evolución social; Marx, por el contrario, invierte la dirección, poniendo la meta final en la abolición del Estado, en la sociedad sin clases y, por lo mismo, sin poderes coercitivos.

33. Predrag VRANICKI, o. c., vol. II, p. 34.

1. *De la sociedad al Estado*

Hobbes, Locke y Rousseau hablan del «estado de naturaleza» como momento inicial, imperfecto y negativo en la evolución de la sociedad. En esta primera etapa, o bien imperaba la guerra de todos contra todos (Hobbes), o bien la garantía de los derechos individuales no era perfecta (Locke), o bien el desarrollo y equilibrio entre libertad e igualdad eran insuficientes (Rousseau).

Por consiguiente, aunque para estos autores el Estado sea más un ideal a alcanzar, que algo ya realizado plenamente en la historia, siempre es considerado como el momento positivo de la historia, la etapa final de la evolución de la sociedad: unas veces el Estado supone una superación o transformación radical del «estado de naturaleza» (Hobbes y Rousseau), otras un perfeccionamiento al menos de la fase anterior (Locke).

Hegel, por su parte, distinguía entre *sociedad civil* y *sociedad política* o Estado. Aquélla, según refiere Marx, la definía como el conjunto de «las condiciones materiales de vida»³⁴; abarcaría «la totalidad de intereses particulares divergentes, individuales y colectivos, es decir, la vida empírica diaria, con todos sus conflictos y disputas, el foro en el cual todo individuo desarrolla su existencia cotidiana»³⁵. La *sociedad civil* —resume Gramsci— comprende «el conjunto de los organismos vulgarmente llamados "privados"»³⁶.

Así, pues, el concepto de *sociedad civil* hace referencia a la esfera de las relaciones económicas, pero comprende, además, el momento de la administración de la justicia y algunas formas de Estado. En la «*Filosofía del derecho* —escribe N. Bobbio— "sociedad civil" no significa exactamente sociedad económica contrapuesta a Estado, sino una primera manifestación

34. *Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, OE, vol. I, p. 342.

35. Leszek KOLAKOWSKI, o. c., vol. I, p. 130.

36. (Q 12/1518). Cit. por Ramón VARGAS MACHUCA: *El poder moral de la razón*. Madrid, Tecnos, 1982, p. 92.

del Estado que Hegel llama "Estado del intelecto o de la necesidad"»³⁷.

Cualquiera que sea la extensión del concepto hegeliano de «sociedad civil», en todo caso ésta es todavía el momento negativo de la historia. El Estado, en cuanto representante del interés general, representa, por el contrario, el momento positivo y último de la historia. Sin ser la negación absoluta de la «sociedad civil», la contiene y la supera. El Estado, en cuanto momento nuevo del proceso histórico y no simple perfeccionamiento de la sociedad civil, no es sólo la institución que ejerce la autoridad, que modera los conflictos de la vida privada, que canaliza la libertad, sino también la forma suprema de la objetivación del Espíritu, la «idea divina en su existencia terrenal».

En el Estado se realiza la unidad de la sociedad por encima de sus diferencias económicas. Por ello se puede decir que «es el "todo ético" en el que el individuo puede realizar su propia libertad como parte de la comunidad, al precio de abandonar los antojos de su voluntad y las exigencias arbitrarias que dicte su fantasía»³⁸. El reproche final que Marx hace a la concepción hegeliana, no es que Hegel no haya comprendido al Estado tal cual es, sino el haber detenido la historia en él. «No debemos censurar a Hegel porque describe al ser del Estado moderno tal y como es, sino por presentar lo que es, como *esencia del Estado*»³⁹.

2. *Hacia la abolición del Estado*

Todo el andamiaje de la teoría del Estado de Hegel se derrumba al contrastarla con la realidad. Esta muestra que ni el desarrollo del Estado prusiano, ni el estatuto de las sociedades más adelantadas, la inglesa y la francesa, confirman el progreso de la racionalidad, ni la superación de los conflictos y de

37. *Democracia representativa y teoría marxista del Estado*. Sistema, n.º 16 (1977) 8.

38. Leszek KOLAKOWSKI, o. c., vol. I, p. 81.

39. *Crítica del derecho del Estado en Hegel*. En Carlos MARX: *Escritos de juventud*. México, F. C. E., 1982, p. 375.

las contradicciones. Antes bien, allí (en Prusia) «las libertades siguen siendo burladas, aquí (Inglaterra y Francia) la miseria y las revueltas de la clase obrera se acrecientan»⁴⁰. Por eso, es incorrecto detener la historia en el Estado, y ésta debe seguir avanzando, más bien, hacia su abolición.

Los socialistas utópicos, alguno de ellos al menos, ya habían perdido la fe en el Estado, como realización de la racionalidad y momento positivo de la historia. Saint-Simon habla, en *L'Organisateur*⁴¹, de la tendencia a limitar los poderes de los gobernantes, de la posibilidad de que algún día el Estado desapareciera, lo mismo que ha desaparecido la antropofagia. Esta fe en el desmoronamiento inevitable del Estado constituye uno de los pilares del pensamiento político de Marx y Engels.

El Estado ya no es el reino de la racionalidad y de la libertad, sino «la fuerza organizada y concentrada de la sociedad»⁴². Lejos de acabar con los conflictos sociales, a lo más que puede llegar es a sustituir la guerra de todos contra todos, por la lucha de una parte de la sociedad contra otra, es decir, por la lucha de clases. «La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases»⁴³. Por eso, el Estado es, en la concepción marxiana, reflejo de la lucha de clases y a la vez instrumento al servicio de las clases privilegiadas, aparato de fuerza en manos de las clases propietarias. «El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra»⁴⁴.

Sin embargo, el Estado no es sólo violencia concentrada o una especie de dictadura brutal de una minoría armada contra la mayoría inerte, sino también una *ilusión* que, bajo la forma de ideología, suaviza la insolidaridad de la sociedad burguesa, lo mismo que la religión, otra forma de ideología, hace soportable la infelicidad cotidiana. El Estado representa una de las formas de alienación del hombre, la *alienación política*, en vir-

40. F. CHATELET, o. c., vol. II, p. 160.

41. Cfr. *Oeuvres*, vol. IV, p. 30 ss.

42. *El Capital*, L. I, 7. Edic. cit., vol. I, p. 638-639.

43. *El Manifiesto*, OE, vol., p. 19.

44. *Ibid.*, p. 39.

tud de la cual el individuo delega la tarea de velar por el interés general en el Estado. Por esta razón el Estado se convierte en una realidad independiente y extraña a los individuos y a la sociedad civil. El individuo lleva dentro del Estado una doble vida, según explicaba Marx en su obra *Sobre la cuestión judía* ⁴⁵. Como *individuo concreto*, en la vida diaria y en el trabajo, se comporta, dentro de la sociedad clasista, como burgués, esto es, busca únicamente su interés particular y actúa insolidariamente; en cambio, como *ciudadano*, preocupado por el bien general, sólo puede serlo en el plano abstracto o ilusorio, en los «días de fiesta».

En este contexto de alienación política los mismos derechos humanos se convierten en proclamación de la legitimidad del hombre egoísta, disociado de sus semejantes y de la comunidad: «ninguno de los derechos del hombre va más allá del hombre egoísta, del hombre considerado como miembro de la sociedad burguesa; es decir, del individuo replegado sobre sí mismo, en su interés privado y arbitrio individual y disociado de la comunidad» ⁴⁶.

Bajo cualquier forma que se considere al Estado, dentro de la teoría marxiana, como fuerza concentrada al servicio de las clases privilegiadas o como alienación, siempre aparece como una etapa transitoria y superable, nunca como la etapa final de la historia. A lo más que se puede llegar en el Estado es a la *democracia formal*, es decir, a la proclamación teórica de los derechos y libertades ciudadanas, que luego son sistemáticamente negadas en la práctica. Pero de lo que se trata es de llegar a la *democracia real*, o a lo que Marx llama *república social*. «El grito de «república social», con que la revolución de febrero fue anunciada por el proletariado de París, no expresaba más que el vago anhelo de una república que no acabase sólo con la forma monárquica de dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta república» ⁴⁷.

45. Carlos MARX: *Escritos de juventud*, p. 470-471.

46. *Sobre la cuestión judía*. *Ibid.*, p. 480.

47. *La Guerra civil en Francia*. OE, vol. I, p. 499.

3. *Interpretaciones de la teoría marxiana del Estado*

Uno de los puntos más conflictivos entre los epígonos de Marx es precisamente la concepción del Estado ⁴⁸. Estas discusiones han afectado tanto a la naturaleza del Estado como a las posibilidades y al tiempo necesario hasta llegar a su abolición. El heredero más inmediato de Marx, su amigo Engels, coincidiría fundamentalmente con Marx tanto en lo que concierne a la naturaleza como a la extinción del Estado. «Engels añade a la teoría marxiana... la tesis de la comunidad primitiva sin Estado, cuya existencia cree poder deducir de las investigaciones etnológicas contemporáneas» ⁴⁹.

Posteriormente cabe reseñar la existencia de dos tendencias principales. La primera, que va atenuando progresivamente las afirmaciones de Marx acerca del Estado, hasta terminar por considerar factible no sólo la existencia de un Estado al servicio de la clase obrera, sino también la compatibilidad entre la existencia del Estado y el socialismo. La segunda, en cambio, que permanecerá fundamentalmente fiel a las tesis marxianas sobre la naturaleza del Estado como instrumento al servicio de la dominación de clase y sobre la abolición del Estado.

El *revisionismo* de Bernstein pertenece a la primera tendencia. Los resultados positivos, obtenidos mediante la lucha del movimiento obrero, habrían llevado al partido socialdemócrata alemán a modificar su valoración del Estado, ganando entre ellos terreno «la idea de un Estado del pueblo, que no es el instrumento de las clases y capas superiores, sino que recibe su carácter de la gran mayoría del pueblo gracias al derecho de voto general e igualitario» ⁵⁰.

El *ortodoxo* Kautsky acabó coincidiendo con los revisionistas y afirmando que «el moderno Estado democrático se diferencia de las formas anteriores de Estados en que esta utiliza-

48. Cfr. H. LEFEBVRE: *Los marxistas y la noción de Estado*, Buenos Aires, CEPE, 1972, p. 12 ss.

49. Iring FETSCHER: *El marxismo. Su historia en documentos*, Sociología. Política, Madrid, Zyx, 1976, p. 14.

50. *El socialismo antes y ahora*. Cit. por Iring FETSCHER, o. c., p. 29.

ción del aparato estatal para los fines de las clases explotadoras no pertenece a su esencia, no va indisolublemente unida a ella. Por el contrario, el Estado democrático está dirigido a ser, no el órgano de una minoría, como lo eran los anteriores Estados, sino el órgano de la mayoría de la población, es decir, de las clases trabajadoras»⁵¹.

La consecuencia final es considerar imposible la desaparición del Estado. «El Estado es... el lazo comunitario que asegura, en última instancia, la coordinación de todas las acciones comunitarias. Es tan difícil concebir una comunidad sin Estado como una comunidad sin economía»⁵². El paso último, que dará Stalin, es considerar compatibles el Estado y el socialismo. «Frente a quienes pretendían defender la instancia de la extinción del Estado, Stalin se lanza, acusándolos de menospreciar la función y la importancia tanto de los Estados burgueses como del Estado socialista»⁵³. Si Lenin llegó a aceptar que el «capitalismo monopolista de Estado» podía ser una fase necesaria de la transición al socialismo, Stalin identificó simplemente esta fase transitoria con el socialismo⁵⁴.

Lenin pertenece, pues, a la segunda tendencia. Añade a la teoría marxiana del Estado «una interpretación particular en algunos aspectos: todo Estado, además de ser de clase, es una «dictadura de clase»⁵⁵. Todos los Estados burgueses, aunque varíen sus formas, son, «en última instancia, necesariamente, una *dictadura de la burguesía*»⁵⁶. Lenin no se hace ilusiones acerca de la naturaleza del Estado burgués. Por ello, antes del establecimiento del Estado proletario —etapa transitoria entre el Estado burgués y la abolición del Estado— exige el desmontaje de todo el aparato estatal burgués. La fórmula del Estado

51. *La concepción materialista de la historia*. Cit. en *ibid.*, p. 27.

52. Herman HELLER: *Socialismo y nación*. Cit. en *ibid.*, p. 36.

53. Valentino GUERRATANA: *Investigaciones sobre la historia del marxismo*, vol. II, Barcelona, Grijalbo, 1975, p. 9.

54. Cfr. *ibid.*, p. 74 ss.

55. Ramón GARCÍA COTARELO: *Sobre la teoría marxista del Estado*. Sistema, n.º 20 (1977), 21.

56. LENIN: *El Estado y la revolución*. Cit. por Predrag VRANICKI, o. c., vol. I, p. 375.

proletario, finalmente, es aceptada como medio imprescindible para imponerse a la burguesía recalcitrante, pero, en este caso, «el órgano de la imposición ya es la mayoría de la población y no la minoría como siempre había sido hasta ahora... En este sentido, el Estado comienza a agonizar»⁵⁷.

Trotsky, el principal enemigo político de Stalin, por una parte, sigue fiel a Lenin en la idea de que, una vez que se entre en la vía del socialismo, la fase inferior del comunismo, «no le queda a la sociedad más que arrojar, por fin, la camisa de fuerza del Estado»⁵⁸; y, por otra, a partir de estos supuestos critica duramente al modelo del Estado soviético implantado por Stalin. «Cualquiera que sea la interpretación que se dé a la naturaleza del Estado Soviético, una cosa es innegable: al terminar sus primeros veinte años está lejos de haber «agonizado»; ni siquiera ha comenzado a «agonizar»; peor aún, se ha transformado en una fuerza incontrolada que domina a las masas»⁵⁹. ¿Modificaría hoy, si viviera, este juicio, no sólo en relación al Estado soviético, sino también a otros Estados también llamados socialistas?

B. LA MISTICA REVOLUCIONARIA

La aportación original de Marx y Engels, en el campo sociopolítico, está no sólo en haber fijado unas nuevas metas históricas a la evolución social, la sociedad sin clases, sino también en haber descubierto «el potencial histórico de la nueva clase que el capitalismo había originado, el proletariado moderno»⁶⁰, y en haberla dotado de una *mística revolucionaria*, esto es, de la convicción de que aquellas metas históricas son asequibles.

La lucha por el cambio social se desarrolla, según Marx, no sólo en el campo económico, sino también en el político. Ahora bien, dado que los métodos de lucha política varían desde el

57. Ibid. Cit por L. TROTSKY: *La revolución traicionada*. Barcelona, Fontamara, 1977, p. 117.

58. *La revolución traicionada*, p. 118.

59. Ibid., p. 70.

60. Robin BLACKBURN-CAROL JOHNSON: *El pensamiento político de Karl Marx*. Barcelona, Fontamara, 1980, p. 9.

parlamentarismo a la lucha revolucionaria, será preciso señalar tanto cuáles son los métodos adecuados de lucha política, en opinión de Marx, como las etapas que será necesario cubrir y, finalmente, el sujeto capaz de protagonizar esas luchas.

1. *Los métodos de lucha*

Las revoluciones no se inician exclusivamente a partir de Marx y Engels. Por lo tanto, el influjo de estos autores en el despertar de la mística revolucionaria hay que situarlo en el contexto de experiencias revolucionarias históricas anteriores. Hay que empalmarlo, sin ir más lejos, con la experiencia de la revolución francesa del siglo XVIII, de la que Marx y Engels serían deudores bajo un doble aspecto. Primero, en cuanto a los ideales revolucionarios: «La Libertad, la Igualdad, la Justicia —dice Marcuse— son términos clave en el Capital»⁶¹. Segundo, en cuanto al propio modelo de revolución. El modelo de revolución que se agitó en la mente de Marx no distaría mucho, según Korsch, del modelo de la revolución francesa. El contenido de las consignas revolucionarias de Marx no rebasaría demasiado el marco de una gran revolución democrática como la francesa⁶².

Entronca asimismo Marx en este punto con la tradición socialista anterior, salvadas las siguientes diferencias. Primera, Marx insistirá no sólo en la *voluntad revolucionaria*, sino también en las *condiciones objetivas e históricas* que hacen factible la revolución, cosa que olvidó la tradición socialista anterior. «No trataban —dice Kautsky, refiriéndose a blanquistas y proudhonianos sobre todo— de encontrar en cada momento lo que, según las circunstancias económicas e históricas, era posible y necesario, sino que pretendían hallar un medio que, fuesen las que fuesen las circunstancias, en todas las condiciones económicas e históricas diera el resultado apetecido»⁶³.

61. *El marxismo soviético*. Madrid, Alianza Editorial, 1969, p. 206.

62. Cfr. *Sobre la teoría y la práctica de los marxistas*. Salamanca, Sígueme, 1976, p. 264-265.

63. *Terrorismo y comunismo*. Madrid, Júcar, 1977, p. 59. Esta edición incluye la respuesta de TROTSKY, que lleva el mismo título. Cfr. también

Segunda, mientras la mayor parte de los socialistas utópicos proponían, como método de lucha, la vía pacífica del ejemplo y la persuasión, y la colaboración entre las clases sociales; Marx, por el contrario, considera inevitable la lucha de clases y no descarta la vía de la violencia.

Marx y Engels, a propósito del *Programa de Gotha*, común a lasalleanos y a socialdemócratas ⁶⁴, se distancia también de Lasalle. «Los puntos centrales de la agitación lasalleana habían sido la petición del sufragio universal y que las cooperativas obreras fueran financiadas por el Estado... Los principales puntos de discrepancia de Marx y Engels con respecto al *Programa de Gotha* eran: que olvidaba tomar una postura revolucionaria sobre el Estado; que olvidaba situar la lucha de los obreros alemanes en una perspectiva internacional y, por último, que olvidaba la estrategia del partido en la lucha de clases proletaria» ⁶⁵.

Estas vinculaciones de Marx respecto a la tradición anterior no impiden la originalidad de Marx, que podemos concretar en los siguientes puntos. Primero, la revolución no la concibe al modo de cierto pensamiento anarquizante, como un golpe de fuerza repentino que haga tambalearse, de la noche a la mañana, todo el orden social existente; ni se realizará mediante la aplicación de una utopía previamente preparada. La revolución sólo podrá llegar en el momento oportuno, después de «toda una serie de procesos históricos, que transformarán totalmente las circunstancias y los hombres» ⁶⁶; llegará cuando se cumplan tanto las *condiciones objetivas* como *subjetivas* imprescindibles para que la revolución tenga éxito.

Las *condiciones objetivas* se dan en aquellos casos en que, dado el desarrollo experimentado por las fuerzas productivas, éstas entran en oposición con las relaciones sociales de producción. La revolución «sólo puede darse en aquellos períodos en

David FERNEBACH: *Marx, una lectura política*. México, Ediciones Era, 1979. p. 76.

64. Cfr. *Crítica del Programa de Gotha*. OE, vol. III, p. 5 ss.

65. Robin BLACKBURN-CAROL JOHNSON, o. c., p. 58.

66. *La Guerra civil en Francia*. OE, vol. I, p. 503.

que estos *dos factores*, las *modernas fuerzas productivas* y las *relaciones burguesas* de producción entran en contradicción»⁶⁷. Las *condiciones subjetivas* se dan siempre que existe una clase social con *voluntad revolucionaria* para actuar dentro de unas condiciones objetivas favorables.

El segundo punto entonces de la teoría marxiana sobre la revolución es que el éxito de ésta dependerá de la conjunción de ambas condiciones. «Una revolución social radical... sólo puede darse allí donde, con la producción capitalista, el proletariado industrial ocupe, por lo menos, una posición importante dentro de la masa del pueblo»⁶⁸. Esto explica el que Marx vaticine el triunfo de la revolución en los Estados de economías avanzadas.

Esta teoría no deja de ser ambigua, pues «por una parte la revolución se presenta como derivada totalmente del desarrollo de las fuerzas productivas materiales, y, por otra, y no menos resueltamente, como una acción práctica real de los hombres reunidos en una determinada clase social contra otras clases sociales, con todos los azares y todos los riesgos de semejante acción práctica»⁶⁹. De esta ambigüedad deriva la posibilidad de que la revolución se pueda llevar a efecto por una doble vía: la democrática y la de la violencia revolucionaria.

Marx parece que fluctuó entre ambas. En el *Manifiesto* señala como primer paso de la revolución «la conquista de la democracia»⁷⁰. Esto se explica porque, en tiempo de Marx, la democracia era todavía más una meta a conseguir que una clara conquista. Por eso, para Marx «todo terreno ganado por el sufragio universal es terreno perdido por el Estado, cuyos intereses son contrapuestos a las prácticas democráticas»⁷¹. Sin embargo, cuando el proletariado carezca de las posibilidades que ofrece la democracia, del sufragio, Marx no descarta el recurso a

67. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. OE, vol. I, p. 214.

68. *Anotaciones al libro de Bakunin "El Estado y la anarquía"*. OE, vol. II, p. 435.

69. Karl KORSCH: *Karl Marx*, p. 227.

70. OE, vol. I, p. 38.

71. Ramón GARCÍA COTARELO, art. cit., p. 10.

la violencia revolucionaria para conseguir los objetivos de la transformación radical de la sociedad.

A partir de esta ambigüedad, el pensamiento marxista posterior se dividirá en una doble dirección: la parlamentaria o democrática y la revolucionaria. Engels, el más inmediato sucesor, impresionado por los resultados positivos alcanzados por el partido socialdemócrata alemán, se decanta claramente a favor de la vía democrática al final de sus días. «La ironía de la historia universal —escribe— lo pone todo patas arriba. Nosotros, los «revolucionarios», los «elementos subversivos», prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión»⁷².

Esta vía democrática será seguida no sólo por los *revisio-nistas*, sino también por el *marxismo ortodoxo*. «No tenemos, pues, —escribía Kautsky— sino la alternativa democracia o guerra civil, de lo cual yo deduzco que allí donde no sea posible implantar el socialismo sobre una base democrática, donde la mayoría de la población lo rechaza, no ha llegado aún su época»⁷³. Hoy sigue siendo patrimonio no sólo de los partidos socialdemócratas, sino también de los eurocomunistas, que han aceptado de lleno el juego democrático-parlamentario.

Los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, rompiendo con la política conservadora de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional, optaron por la revolución. Tal ruptura fue favorecida a la vez por el fracaso de la política conservadora, puesto de relieve por la primera guerra mundial, y por el propio éxito de la revolución bolchevique, que pareció dar la razón a los *revolucionarios* sobre los *democráticos*.

Lenin, a pesar de que Rusia no tenía un proletariado numeroso ni desarrollado, creyó conveniente abreviar las etapas previstas por Marx a causa de la existencia de un factor nuevo, la guerra imperialista. El imperialismo es la fase superior del capitalismo, cuya característica es la concentración de capitales, el régimen de monopolio. Todas las guerras modernas son gue-

72. Introducción a «Las luchas sociales en Francia». OE, vol. I, p. 121.

73. *Terrorismo y comunismo*, p. 143.

rras imperialistas y reflejan los conflictos entre los imperialismos concurrentes. Por eso, dentro de este nuevo contexto internacional, según el análisis de Lenin, una revolución como la rusa podría triunfar en virtud de los siguientes factores favorables. Primero, porque no va a quedar aislada, como había ocurrido en 1905. Segundo, porque va a ser el acontecimiento catalizador de las energías revolucionarias del proletariado del resto de los países. «El panorama grandioso de una revolución en marcha contribuiría mucho más a la toma de conciencia de las masas proletarias que décadas de propaganda y agitación»⁷⁴.

Trotsky, ante la alternativa planteada por Kautsky, democracia o guerra civil, considera una locura la esperanza de llegar al poder por los medios en que se atrincheraba la burguesía, el parlamentarismo. Por ello optó por la guerra revolucionaria. «No existe nada más que un camino para arrancar el Poder de manos de la burguesía, quitándole los instrumentos materiales de su dominación»⁷⁵.

«Ante la involución del ala derecha y del centro de la socialdemocracia, el ala izquierda —Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y Clara Zetkin— se desgajó del partido y fundó durante la guerra la revolucionaria «Liga espartaquista»⁷⁶. Esta, en oposición a los moderados, estaba a favor de la revolución, pero, a diferencia de los bolcheviques, estaba a la vez por la democracia, la suya era una vía revolucionaria-democrática.

La vía revolucionaria, finalmente, será la puesta en práctica posteriormente por todos los movimientos revolucionarios triunfantes: la revolución china; la revolución cubana, con el intento de «Che» Guevara de trasladar al resto del continente latinoamericano los métodos de la guerrilla; etc.

2. *La conquista del poder*

La conquista del poder político, tal es el objetivo inmediato de la revolución. «El objetivo inmediato de los comunistas

74. Ignacio SOTELO: *Del leninismo al estalinismo*. Madrid, Tecnos, 1976, p. 130.

75. *Terrorismo y comunismo. El Anti-Kautsky*, p. 180.

76. Predrag VRANICKI, o. c., vol. II, p. 267.

es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución del proletariado en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado»⁷⁷. La finalidad, no obstante, de esta toma del poder no es «hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino demolerla»⁷⁸. Se trata de crear, desde el propio poder, las condiciones para su autodestrucción.

En este tema de la conquista del poder divergen esencialmente marxistas y anarquistas. Ambas corrientes coinciden en la meta final, la sociedad sin clases; pero en lo tocante al camino a recorrer mantienen las siguientes diferencias. Primera, durante el proceso revolucionario el marxismo estima necesario participar en la política, el anarquismo practica el apoliticismo⁷⁹. Segunda, el marxismo se inclina por la centralización, la organización, la disciplina; el anarquismo confía más en la espontaneidad, la descentralización, la federación. Tercera, el marxismo habla de una etapa intermedia entre el triunfo de la revolución y la de la sociedad sin clases, la de la dictadura del proletariado, el anarquismo la estima innecesaria⁸⁰.

En vida de Marx estas diferencias le enfrentaron a Bakunin y dieron al traste con la I Internacional, en el Congreso de La Haya, 1872. Engels consideraba impropio el intento de los anarquistas de abolir de inmediato el Estado, pues con ello se privaba al proletariado triunfante de la única organización con la que podía contar para someter a los capitalistas y llevar adelante el proceso de transformación radical de la sociedad⁸¹. Estas diferencias, por otra parte, fueron la causa de la escisión

77. *El Manifiesto*. OE, vol. I, p. 31.

78. *Carta a Ludwig Kugelmann*. OE, vol. II, p. 444.

79. Cfr. José Antonio LOBO: *El apoliticismo de los anarquistas españoles*. Cuadernos Salmantinos de Filosofía, IV (1978), p. 195-222.

80. Cfr. E. J. HOBBSAWM: *Revolucionarios, Ensayos contemporáneos*. Barcelona, Ariel, 1978, p. 88.

81. Cfr. F. ENGELS: *De la autoridad*. OE, vol. I, p. 617. Sobre este tema se pueden consultar también, G. GURVITCH: *Prodhon y Marx. Una confrontación*. Barcelona, Oikos-Tau, 1976; G. RIBELL: *Marx-Bakunin. Socialismo autoritario-Socialismo libertario*. Barcelona, Editorial Madrágora, 1978.

del movimiento obrero, cuyos efectos negativos perduran hasta hoy.

En la concepción de Marx, pues, dado que el paso inmediato desde la sociedad burguesa a la sociedad sin clases es imposible, el proletariado deberá implantar durante el período de transición una dictadura, la *dictadura del proletariado*. «Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*»⁸².

Partiendo de esta afirmación de Marx se plantea el problema de cómo entender la *dictadura del proletariado*. En este tema va implicado el problema de las relaciones entre *clase y partido*, entre *vanguardias y clase proletaria*. Para unos, los protagonistas sólo pueden ser el partido, las vanguardias, por lo cual terminan por convertir la dictadura del proletariado en *dictadura del partido*; para otros en cambio el protagonismo no debe escapar en ningún momento de manos de la clase proletaria, son los *consejistas*.

a) *La dictadura del partido*

Marx y Engels lucharon por la creación de un partido obrero autónomo e independiente de los partidos burgueses, por considerarlo «indispensable para asegurar el triunfo de la Revolución social y de su fin supremo: la abolición de las clases»⁸³. Al partido se le encomienda, en el terreno político, función similar a la que el sindicato cumple en lo económico.

En la valoración marxiana del partido es claro que, ni debe fijarse objetivos exclusivamente reformistas, ni convertirse en un obstáculo del *internacionalismo obrero*, ya que su misión es hacer valer «los intereses comunes a todo el proletariado, independiente de la nacionalidad»⁸⁴. Lo que es menos claro

82. *Crítica del Programa de Gotha*. OE, vol. III, p. 23.

83. *Estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores*. OE, vol. I, p. 368.

84. *El Manifiesto*. OE, vol. I, p. 31.

es si, a pesar de la importancia otorgada al partido, éste haya de sustituir totalmente a la clase trabajadora. Marx y Engels, en oposición a Lasalle, parece más bien que no consideraron oportuno dejar la dirección de los intereses del partido obrero en manos de las gentes *cultivadas*, que «tienen tiempo y posibilidades de llegar a conocer lo que puede ser útil para los obreros»⁸⁵.

El viraje hacia la primacía del partido sobre la clase se produjo, en todo caso, con Lenin, a quien sigue Trotsky. Aquél fue partidario, en un primer momento, de apoyar la estructura del Estado proletario sobre los soviets, de acuerdo con el slogan *todo el poder para los soviets*. Pero, en una etapa posterior y paulatinamente, «el partido sustituye a la clase, dirige y decide por ella. Los soviets locales, estructurados militarmente, están vacíos de contenido. En el mismo partido, el núcleo dirigente sustituye a la asamblea de militantes. El aparato adquiere cada vez más importancia. El secretariado tiene plena libertad para la designación de permanentes que, de responsables ante la base, pasan a ser responsables ante él. La burocracia se instala por doquier»⁸⁶.

Varias pueden ser las razones que explican el viraje. Una, de carácter general, es la desconfianza en la clase trabajadora. «Tenemos miedo —observaba Alexandra Kollontai— a darles a las masas margen libre para su genio creador»⁸⁷. Otras, que derivaron del propio contexto o situación rusa. «Por un lado, eficiencia militar y económica exigen dar al traste con la participación igualitaria y democrática de las masas en las tareas administrativas; por otro, desplazados los soviets, prohibidos o bajo control los partidos, sin órganos parlamentarios ni libertades «burguesas», el poder se concentra realmente en un pequeño grupo»⁸⁸.

85. *Carta a Babel*, W. Liebknecht, W. Brache y otros. OE, vol. III, p. 92.

86. P. FAVRE-M. FAVRE: *Los marxismos después de Marx*. Barcelona, A. Redondo Editor, 1971, p. 66.

87. Cit. por Oskar ANWEILER: *Los soviets en Rusia*. Madrid, Zyx, 1975, p. 257.

88. Ignacio SOTELO, o. c., p. 151.

El proceso no se detiene. Eliminados los miembros de «Oposición obrera», aplastada la rebelión anarquista de los marinos de Kronstadt, en 1921, la *dictadura del partido* está consolidada. Lamentablemente, casi previéndolo Lenin al final de sus días, pero sin poder hacer nada para evitarlo, el proceso culminó en una brutal dictadura personal, con Stalin. La pregunta que queda en el aire es si este desenlace final es fortuito o, por el contrario, es la consecuencia necesaria de las premisas establecidas.

El rostro poco grato adoptado por la dictadura proletaria bolchevique arrojó a los socialdemócratas, con Kautsky al frente, en brazos de la democracia burguesa. Frente a ambos extremos Rosa Luxemburgo creyó compatibles el poder obrero y la democracia a través de los *consejos obreros*.

b) *El consejismo*

Distintas experiencias históricas, tales como: la Comuna de París, 1871; los soviets rusos, de principios de este siglo; las colectivizaciones españolas, de 1936; el mayo francés, de 1968; las vicisitudes recientes del sindicato polaco Solidaridad, tienen que ver con el modelo social autogestionario, con los consejos obreros ^{88bis}.

Puestos a buscar antecedentes, históricos y teóricos, a los consejos obreros, se puede llegar tan lejos como se quiera ⁸⁹. En el plano teórico es clara la vinculación del movimiento consejista con la tradición anarquista. A nivel práctico el impulso más fuerte lo reciben, sin duda, de las experiencias concretas del proletariado ruso, de las experiencias de los soviets.

Dejando a un lado el tema de los orígenes de los consejos obreros, pasamos a ver la base que este movimiento puede tener en el propio Marx. El primer texto de Marx, que se cita a este respecto, data de 1850. Refiriéndose a las tácticas revolucionarias, no excluía la colaboración con la pequeña burguesía

^{88bis}. Una antología de textos sobre consejos obreros cfr. Ernest MANDEL: *Control obrero, consejos obreros, autogestión*. México, Editorial Era, 1974.

⁸⁹. Cfr. Oskar ANWEILER, o. c., p. 13 ss.

siempre que los derechos de ésta no fueran reconocidos por el Estado, pero con esta salvedad: «Al lado de los nuevos gobiernos oficiales, los obreros deberán constituir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales o de comités de obreros»⁹⁰.

Otros textos más explícitos hay que buscarlos en la valoración positiva, que *a posteriori* y sin haber participado en su organización, Marx hace a pesar de todo de la Comuna de París. Llega a ver en ella el cumplimiento de los sueños revolucionarios de destrucción de las estructuras tradicionales de poder, a saber, el ejército permanente y la burocracia estatal, y de devolución al conjunto del organismo social de las fuerzas absorbidas por «el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento»⁹¹. En la Comuna se habría cumplido, finalmente, el ideal revolucionario de «un gobierno del pueblo por el pueblo»⁹².

Estos textos contrastan, sin embargo, con la actitud general de Marx en lo concerniente a las tácticas revolucionarias, proclive más bien al centralismo. ¿Dónde está la verdad? A lo mejor en los dos grupos de textos, de acuerdo con la actitud dialéctica de adaptarse a las circunstancias. De todas maneras, Engels, para vencer las resistencias de los socialdemócratas ante la «palabreja», como la llamaba Kautsky, volvía a poner, como modelo de la dictadura del proletariado, la Comuna de París: «Mirad a la Comuna de París: ¡eh ahí la dictadura del proletariado!»⁹³.

Entre los epígonos de Marx nadie dejará de hablar de los consejos obreros, pero no todos les concederán la misma importancia. Lenin y Trostsky, sin desconocer su papel, terminan subordinándolos, en última instancia, al partido. La IV Internacional, la internacional trotskista, sigue dando preferencia a las vanguardias sobre el conjunto de la clase y por idénticas

90. *Mensaje del Comité Central a la Liga de los comunistas*, OE, vol. I, p. 97.

91. *La guerra civil en Francia*, OE, vol. I, p. 501.

92. *Ibid.*, p. 507.

93. "Introducción a *La guerra civil en Francia*". OE, vol. I, p. 465.

razones a las de Lenin: el temor de que el impulso revolucionario decaiga en la clase trabajadora, si falta la acción de las vanguardias, integradas por los elementos más activos y conscientes del proletariado. Contra el riesgo de la burocracia acuden a los mismos remedios que Trotsky: revocabilidad de los cargos y limitación de los privilegios. «Lo que es necesario combatir son los dogmas según los cuales todo grupo autoproclamado de vanguardia adquiere privilegios materiales y políticos por el hecho de esta autoproclamación»⁹⁴.

La experiencia consejista en Yugoslavia surgió por iniciativa del poder, y no de las bases⁹⁵, en el año 1950. Este modelo de autogestión tiene, pues, el límite que le marca su origen, a saber, la dependencia del Estado. Es un modelo de propiedad social, que sustituye a la estatal, pero en el que sólo se autogestionan aquellas cosas que el Estado estima oportunas⁹⁶.

Al modelo leninista-trotskista de dictadura del proletariado, basado en el predominio del partido, de las vanguardias, que siempre tendrían en el bolsillo una receta lista para aplicarla a la realidad, R. Luxemburgo, A. Gramsci, A. Pannekoek, K. Korsch y otros, oponen una dictadura «obra de la *clase* y no de una pequeña minoría de dirigentes en nombre de la clase»⁹⁷.

La fórmula consejista de poder obrero se podría sintetizar en los siguientes puntos. Primero, los consejos obreros definen más un estilo o forma de llevar las cosas, que un modelo invariable y aplicable a la realidad a modo de receta. «Consejo obrero no significa una forma determinada de organización cuidadosamente pretrazada, que habría que describir con detalle absoluto; significa por el contrario un *principio*, el principio

94. E. MANDEL, o. c., p. 47. Cfr. L. TROTSKY: *La revolución traicionada*, p. 69. En China se practica, se practicó al menos, la costumbre de que los dirigentes e intelectuales pasasen periódicamente por las fábricas o las granjas.

95. Acerca de su origen cfr. Milovan DJILAS: *La sociedad imperfecta*. Barcelona, Ariel, 1970, p. 155.

96. Cfr. Gilles MARTINET: *Les cinq communismes*. Paris, Seuil, 1971, p. 115.

97. R. LUXEMBURGO: *La revolución rusa*. Cit. por E. Mandel, o. c., p. 168.

del poder de disposición de los trabajadores mismos de las industrias y de la producción»⁹⁸.

Segundo, los consejos suponen el cambio de la gestión burocrática por la *gestión obrera*. Desde esta perspectiva se entiende que una «revolución socialista no puede limitarse a eliminar a los patronos y la propiedad privada de los medios de producción; debe suprimir también la burocracia, impidiendo que ésta llegue a disponer del poder de decisión sobre los medios y el proceso de producción —en otras palabras, debe suprimir la división entre dirigentes y ejecutantes»⁹⁹.

En síntesis, en una sociedad organizada según el modelo de los consejos obreros se suprimiría tanto la explotación económica, mediante la apropiación colectiva de los medios de producción, como la dominación política, al sustituir a los dirigentes profesionales por la autogestión obrera. En ella se alentaría enormemente la participación de todos tanto en la toma de decisiones como en la ejecución de las tareas colectivas. «La verdadera organización que los obreros necesitan en el proceso revolucionario es una organización en la que cada uno de ellos participe en cuerpo y alma, tanto en la acción como en la dirección, una organización en la cual cada uno de ellos piense, decida y actúe poniendo en tensión todas sus facultades, como un bloque unido de personas responsables... Por supuesto, en ella habrá que obedecer; cada cual tendrá que someterse a las decisiones que él mismo ha contribuido a tomar. Pero la totalidad del poder se encuentra siempre en manos de los obreros mismos»¹⁰⁰.

3. *El sujeto revolucionario*

Aquí se vuelve a plantear, de manera aún más explícita, el tema de las relaciones entre vanguardia y clase. Antes de Marx,

98. Anton PANNEKOEK: *Una nueva forma de marxismo*. Madrid, Zyx, 1978, p. 61.

99. Cornelius CASTORIADIS: *La sociedad burocrática*, vol. I. Barcelona, Tusquets, 1976, p. 29.

100. Anton PANNEKOEK: *Los consejos obreros*. En *Crítica del bolchevismo*. Barcelona, Anagrama, 1976, p. 84-85.

Blanqui y Weitling por ejemplo, ya hablaron de un sujeto revolucionario, constituido en su caso por un pequeño grupo de conspiradores revolucionarios. Para Marx este sujeto era el *proletariado*. El desarrollo de la burguesía provoca, al mismo tiempo, la consolidación de su clase antagónica, el proletariado. «Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empujarán esas armas: los obreros modernos, *los proletarios*»¹⁰¹.

La ley de acumulación capitalista es tal que, a medida que la burguesía se aproxima al cumplimiento de sus propios objetivos, mayor es el expolio y pobreza a los que relega al proletariado¹⁰². Por ello, el antagonismo entre las dos clases es una oposición de dos realidades en sí, independientemente de las disposiciones subjetivas de los miembros de cada una de las clases. El desarrollo del capitalismo, en efecto, crea a la vez las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución, al ahondar progresivamente, por una parte, las diferencias entre las dos clases antagónicas y producir, por otra, una conciencia más viva en el proletariado acerca de su situación.

Por consiguiente, la revolución futura, la revolución proletaria, no será parcial, de una minoría y un simple cambio de amos, sino total en el sentido que implicará a las dos clases antagónicas enteras y conducirá a una transformación completa del orden social. En este supuesto, el sujeto revolucionario, según Marx, sólo puede ser el conjunto de la clase proletaria y no una parte de la misma.

A partir de Marx, algunos marxistas han mantenido la fe en el proletariado como sujeto revolucionario; pero otros han llegado a la conclusión de que el proletariado no es en sí mismo revolucionario. En consecuencia, de entre estos últimos, unos han abandonado la revolución y aceptado la sociedad burguesa, y otros han seguido y siguen buscando nuevos sujetos revolucionarios.

Georges Sorel figura en el grupo de quienes mantienen la fe

101. *El Manifiesto*. OE, vol. I, p. 25.

102. Cfr. *El Capital*. L. I, 7. Edic. cit., vol. I, p. 546.

en el proletariado como sujeto revolucionario. Este autor, en consonancia con Marx, acepta que debe darse una oposición estricta entre el proletariado y la burguesía, si se quiere que aquél llegue a ser la clase única del futuro; pero, mientras para Marx el antagonismo de las clases deriva objetivamente de las leyes intrínsecas al desarrollo capitalista, Sorel, que vive en contexto posterior a Marx y puede comprobar que su vaticinio no se ha cumplido, tendrá que insistir mucho más en la necesidad de luchar para que el antagonismo se cumpla mediante el mantenimiento del proletariado en un estado de guerra total¹⁰³.

En cambio, una vez que la fe en el carácter revolucionario del proletariado se pierde, la lista de nuevos sujetos revolucionarios se sucede en una larga cadena. Lenin, en una primera etapa, confiaba la tarea revolucionaria a los proletarios y campesinos conjuntamente, «la dictadura del campesinado y del proletariado»; posteriormente, trasladaría el cumplimiento de esta función a la vanguardia del proletariado, representada por *el partido*. La revolución de Mao, dado el carácter fundamentalmente agrario de la sociedad china, se apoyó en *el campesinado*.

Una clara posición vanguardista en lo tocante al sujeto revolucionario es la de autores que, como Régis Debray, confían esa función a los *guerrilleros*, a partir del éxito de la revolución cubana. El guerrillero es a la vez estrategia militar y teórico político. «Pobre de la pluma sin el fusil, y pobre del fusil sin la pluma»¹⁰⁴.

Para Rudi Deutschke el desafío al orden establecido sólo puede venir hoy desde dos sectores fundamentales: *los pueblos colonizados*, incluyendo a los negros de Estados Unidos, y *los estudiantes* o la juventud de la clase media de las metrópolis¹⁰⁵. Los hermanos Daniel y Gabriel Cohn-Bendit explicaban

103. Cf. Emilio G. ESTEBANEZ: *Georges Sorel: la moralidad de la violencia proletaria*, Estudios Filosóficos, 28 (1979), p. 107-133.

104. Régis DEBRAY. En *Textos de la nueva izquierda*. Madrid, Castellote Editor, 1976, p. 278.

105. Cfr. *Ibid.*, p. 304.

el fenómeno de la juventud revolucionaria del modo siguiente: «La complejidad de la vida moderna y las frustraciones que acarrea son tales que nos vemos obligados la mayoría de las veces a reprimir nuestras aspiraciones más profundas. Los estudiantes, que tienen que soportar humillaciones todos los días, están especialmente sometidos a dichas frustraciones, por lo que reaccionan mucho más violentamente cuando se revelan»¹⁰⁶. La temeridad de la juventud, puesta de manifiesto en el mayo francés de 1968, obedece no sólo a la desesperación, sino también al descubrimiento de su fuerza colectiva.

H. Marcuse ha enriquecido el tema del sujeto revolucionario con diversas aportaciones. Además de los intelectuales y estudiantes, puede convertirse en sujeto revolucionario, hoy, el *lumpenproletariado*, esto es, el producto de la putrefacción de las capas más bajas de la sociedad. Este fue considerado por Marx contrarrevolucionario, pues «en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras»¹⁰⁷; pero Marcuse lo recupera para la causa revolucionaria, dado que «su posición es revolucionaria incluso si su conciencia no lo es»¹⁰⁸. En contraste asimismo con la opinión de Marx, que en la religión no veía más que una ideología legitimadora del *statu quo*, Marcuse ha reconocido la importancia de algunos *movimientos religiosos* en el impulso de los actuales movimientos de liberación.

André Gorz¹⁰⁹, finalmente, ha expuesto una última teoría al respecto. El marxismo, en su esperanza de transformación radical de la sociedad, parte, según Gorz, de dos supuestos. Primero, dentro del capitalismo el desarrollo de las fuerzas productivas engendra la base *material* del socialismo; segundo, el desarrollo de las fuerzas productivas hace surgir también la

106. Ibid., p. 210.

107. *El Manifiesto*. OE, vol. I, p. 29.

108. *Textos de la nueva izquierda*, p. 35.

109. *Adieux au Proletariat. Au delà du socialisme*. París, Galilée, 1980. Un resumen y comentario de este libro cfr. Antonio de PABLO: *Adiós al proletariado: más allá del socialismo*, Sistema, n.º 45 (1981), p. 117-135.

base *social* del socialismo, es decir, al proletariado como clase revolucionaria.

Ahora bien, dice Gorz, estos supuestos no se han visto confirmados por los hechos. En consecuencia, dado que el proletariado ya no es revolucionario, es preciso buscar otro sujeto. Actualmente la tarea revolucionaria sólo puede llevarla a cabo *la no-clase de los no-trabajadores*. Pertenecen a ella el «conjunto de los individuos que se encuentran expulsados de la producción por el proceso de la abolición del trabajo, o subempleados en sus capacidades por la industrialización (es decir, la automatización y la informatización) del trabajo individual»¹¹⁰.

Por consiguiente, la revolución se ha de plantear no ya dentro del marco del proceso de producción, sino fuera de él. Sólo *la no-clase de los no-productores* será capaz de llevar adelante el proceso revolucionario, «pues sólo ella encarna a la vez el más allá del productivismo, el rechazo a la ética de la acumulación y la disolución de todas las clases»¹¹¹.

EVALUACION FINAL

El repaso de las teorías de Marx y sus epígonos, hecho hasta aquí, constituye por sí mismo una evaluación de la originalidad y de la incidencia del pensamiento socio-político marxiano en los movimientos sociales, esto es, tanto en las teorías como en las prácticas históricas de transformación radical de la sociedad. Nos resta destacar, para terminar, algunos puntos que permitan situar al marxismo tanto en una perspectiva de pasado como de futuro.

1.—La mejora de las condiciones materiales de la vida y las cotas más elevadas de libertad alcanzadas por el proletariado, allí donde se han alcanzado, o la independencia de los países colonizados, fueron una conquista y no un regalo; el

110. *Adieux au Proletariat*, p. 94.

111. *Ibid.*, p. 103.

resultado de sudores, lágrimas y sangre de los hombres y de los pueblos. Marx ni fue el inventor del movimiento obrero, ni siquiera de la conciencia de la clase obrera; lo que él aportó a la causa obrera, a la causa de los movimientos sociales, fue una expresión más científica, más adecuada a la realidad, de esos movimientos y de esa conciencia, a la vez que una mayor organización y una mística revolucionaria. Por eso, la deuda de muchos de los movimientos de transformación socio-política de este siglo con Marx, no sólo es cierta, sino que es expresamente reconocida.

Ahora bien, en su condición de *socialismo científico* va implicado un riesgo, el de que la ciencia degenera en *dogma*, pues, cuando la ciencia se convierte en credo de salvación —como observa justamente un autor— fácilmente se hace «de los textos clásicos o recientes, Textos Sagrados, a los que se entregaron con fervor sacral una pléyade de sacerdotes-intelectuales "comprometidos"»¹¹². De que el peligro se puede convertir en realidad da testimonio la historia pasada y reciente.

En vistas al futuro el marxismo, por tanto, habrá de armarse, por una parte, de una actitud crítica y no dogmática. La necesidad de este cambio de actitud ha sido puesta de relieve tanto por la Escuela de Frankfurt, como por lo que se ha llamado la «nueva izquierda», que engloba a autores que proceden claramente de la tradición marxista, como Althusser, Gorz, Kolakowski, etc., a los que se sitúan dentro del pensamiento antiimperialista, con nombres como Franz Fanon, Malcolm X, Huey P. Newton, etc., y a los pertenecientes a los movimientos juveniles de carácter anarquista, Deutschke, Cohn-Bendit, Mark Rudd, Triesman, etc. Y, por otra, armarse de una mayor dosis de humildad para saber reconocer que, desde otras ópticas ideológicas diferentes, puedan surgir movimientos de emancipación humana de validez experimentalmente demostrable.

2.—La meta de la abolición del Estado, prevista por Marx, está lejos de cumplirse: el Estado goza de buena salud en todas

112. E. LAMO DE ESPINOSA: *Marx y la teoría del poder social extraño*. Sistema, n.º 34 (1980), 4.

partes, incluso en aquellas donde imperan regímenes llamados socialistas. Esto hace inevitable la confrontación entre dos tácticas revolucionarias, la marxista y la anarquista.

La táctica marxista proclive a la lucha organizada para la conquista del poder, a la implantación de un Estado, transitorio y llamado proletario, ha demostrado ser eficaz en vistas al fin inmediato, la conquista del poder, pero no en relación con el fin último de la abolición del Estado y de toda forma de poder. La táctica anarquista, que rechaza toda forma de poder para el presente y para el futuro, no será tan «eficaz», pero ha demostrado ser más certera en señalar que la tendencia del poder no es precisamente el autodestruirse, sino el perpetuarse.

De cara al futuro, pues, el marxismo tendrá que reavivar su fe en el genio creador de las masas, añorado por la Kollontai, más que la fe en el partido. La «nueva izquierda», lo mismo que criticaba el dogmatismo, critica la inoperancia burocrática y el reformismo de los llamados partidos obreros que, una vez en el poder, se convierten no en poder obrero, sino en poder a secas. En este sentido, el consejismo parece la dirección más en consonancia con los actuales retos y más capaz de aglutinar a las diferentes corrientes de los movimientos revolucionarios.

3.—El carácter revolucionario del proletariado, otra tesis marxiana, queda puesto en tela de juicio ante escenas como la de una fábrica japonesa, en la que los obreros cantan con entusiasmo, al comienzo de la tarea, las excelencias de la fábrica, de los patronos y del sistema. Esto, no obstante, en lugar de negar el genio creador o la capacidad autogestionaria de las masas, quizá haya de obligar mejor al marxismo a revisar su concepción antropológica, que no rebasa la de un ser humano como productor-consumidor. Si se quiere escuchar música diferente de la interpretada por el sistema capitalista, no habrá más remedio que tocar teclas diferentes del hombre, convenirse de que hay algo más en él que la condición de productor-consumidor.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- ANWEILER, Oskar: *Los soviets en Rusia*. Madrid, Zyx, 1975.
- BERMUDO, José Manuel: *El concepto de praxis en el joven Marx*. Barcelona. Península, 1975.
- BERNSTEIN, Eduard: *Socialismo evolucionista*. Barcelona, Fontamara, s. f.
- BONOMI, Giorgio: *Partido y revolución en Gramsci*. Barcelona, Edit. Avance. 1976
- CLAUDIN, Fernando: *La crisis del movimiento comunista*. Tomo I. *De la Kominintern al Kominform*. Paris, Ruedo Ibérico, 1978.
- DEUTSCHER, Isaac: *Trotski*, 3 vols. México, Editorial Era, 1973-1975.
- FERNANDEZ BUEY, Francisco (ed.): *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*. Barcelona, Grijalbo, 1977.
- FETSCHER, Iring: *El marxismo. Su historia en Documentos. Ideología. Filosofía*. Madrid, Zyx, 1973.
- IDEM: *El marxismo. Su historia en documentos. Sociología. Política*. Madrid. Zyx, 1976.
- HAVEMANN, Robert: *Dialéctica sin dogma*. Barcelona, Ariel, 1971.
- INSTITUTO GRAMSCI: *El marxismo italiano de los años 60*. Barcelona, Grijalbo. 1977.
- KAUTSKY, Karl: *Terrorismo y comunismo*. Madrid, Júcar, 1977.
- IDEM: *La doctrina socialista*. Barcelona, Fontamara, 1975.
- KOLAKOWSKI, Leszek: *Las principales corrientes del marxismo*, 2 vols. Madrid, Alianza Editorial, 1980-1982.
- KORSCH, Karl: *Marxismo y filosofía*. Barcelona, Ariel, 1978.
- IDEM: *Karl Marx*. Barcelona, Ariel, 1975.
- IDEM: *Sobre la teoría y la práctica de los marxistas*. Salamanca, Sigueme, 1975.
- LENIN, Vladimir: *Oeuvres*, 45 vol. Paris, Editions Sociales, 1966-1970.
- IDEM: *Obras escogidas*, 3 vols. Moscú, Editorial Progreso, s. f.
- LUXEBURG, Rosa: *Reforma o revolución*. Barcelona, Fontamara, 1975.
- MACCIOCCHI, Maria Antonietta: *Gramsci y la revolución de occidente*. Madrid. Siglo XXI, 1976.
- MANDEL, Ernest: *Crítica del eurocomunismo*. Barcelona, Fontamara, 1978.
- IDEM: *Sobre la historia del movimiento obrero*. Barcelona, Fontamara, 1978.
- IDEM: *Control obrero, consejos obreros, autogestión*. México, Editorial Era. 1973.
- NICOLAUS, Martin: *El Marx desconocido*. Barcelona, Anagrama, 1972.
- PANNEKOEK, Anton: *Los consejos obreros*. Madrid, Zyx, 1977.
- IDEM: *Una nueva forma de marxismo*. Madrid, Zyx, 1978.
- IDEM: *Lenin filósofo*. Madrid, Zyx, 1976.
- PETROVIC, Gajo: *Marxismo contra stalinismo*. Barcelona, Seix Barral, 1970.
- SOTELO, Ignacio: *Del leninismo al estalinismo*. Madrid, Tecnos, 1975.
- Textos de la nueva izquierda*. Madrid, Castellote Editor, 1976.
- TROTSKY, León: *Obras*. 1.—*La internacional comunista después de Lenin*. Madrid, Akal Editor, 1977.

-
- IDEM: *Historia de la revolución rusa*, 2 vols. Madrid, Zyx, 1973.
IDEM: *La revolución traicionada*. Barcelona, Fontamara, 1977.
IDEM: *El programa de transición*. Barcelona, Fontamara, 1977.
VARGAS-MACHUCA, Ramón: *El poder moral de la razón*. Madrid, Tecnos, 1982.
VOLPE, Galvano della: *Rousseau y Marx*. Barcelona, Martínez Roca, 1969.
VRANICKI, Predrag: *Historia del marxismo*, 2 vols. Salamanca, Sígueme, 1977.

JOSE ANTONIO LOBO ALONSO